

Cocodrilaro
ALICIA MARES



«El Espíritu me dijo que jamás habría de nuevo monstruos de ese tamaño, que la noche se había hecho pequeña, que ya no quedaba espacio.»

Rafael Villegas

«El espantapájaros

Parece humano

Cuando llueve»

Giovanna Rivero

«El que ha visto a través de los ojos de un noctámbulo sabe que el mundo no es el mismo y lo que vive se trastorna, se desdobra. No puedo juzgar la oscuridad, pero sí a los que habitamos en ella.»

Roberto Abad

«Hay una soledad que es propia y exclusiva de los monstruos, creo yo, la sensación de que uno es una criatura única en su especie. Y en ese momento aquella soledad tocó a su fin.»

Karen Russell

ÍNDICE

Sangre de parvada	11
Cocodrilaro	25
Pillowtalk	41
Lo que sale del pantano	67
Eclosión	73
A la rorro niño	85
Flores que se abren de noche	91
Conjuro	97
Hiraeth	105

SANGRE DE PARVADA

*Para la lechuza que mi padre
no mató esa noche.*

Les decían brujas pero eran ellos los que habían usado conjuros para disecar sus cadáveres y luego colgarlos de perchas, en la oscuridad titilante de un cuarto sin ventanas. Les decían brujas, pero eran ellos los que usaban la chispa y la escopeta para matar, en vez de usar pico y garras como el resto, que además cazaban por necesidad. Por eso las adoraba y había cubierto mi cama con peluches a su semejanza, puesto calcetines cuyo estampado emulaba sus plumas; por eso papá me había dicho que guardara silencio frente al abuelo. Sobre todo cuando se ponía la escopeta al hombro.

Shhh, me dice papá, mientras me calza las botas y me ata el pelo en una coleta, a la que luego corona con un moño color verde menta. *Shhh*. Afuera, avanza la oscuridad.

Mi hermano y primos ya están listos, enfundados en chalecos y abriguitos naranjas con tiras reflectantes; así que suben de un salto a la cajuela de la camioneta *pick-up* en cuanto me ven andar. Atrás, el tintineo musical de las cazuelas y la tibieza de espiral que sube desde la sartén con cebolla, las velas goteando lento y las voces de las mujeres de mi familia, que discuten sentadas en la mesa de la cocina. Una de ellas está tardando demasiado en gestar a la que será la primera de mis primas.

Adelante, el abuelo de bigote cano, mis tres tíos y mis tres primos, cuyos ojos chispean ambarinos por los reflejos de las velas que dejamos atrás. El olor a tierra antes de la lluvia, la cual se ve venir desde muy lejos en las colinas cubiertas por cebada. El aliento me huele a café con leche. Y, por supuesto, está mi hermano, con las rodillas bien apretadas. Mi hermano, que una vez me ayudó a liberar un chapulín que nuestro primo había atrapado en un frasco.

La camioneta arranca entre fumarolas grises y se interna sin más preámbulos en el monte, donde las lechuzas ya dejaron de ulular.

Un tiro certero, entre los ojos. Si no, al abdomen, aunque será un desastre para cocinar.

Nunca uses perdigones muy grandes, hijo. Hasta el plumaje podría servir para unas pantuflas. Recuerda: de nada sirve un conejo perforado por cien pedazos de metralla.

Sí, carnal, y a nadie le gusta tener que estar escupiendo los pedazos en la servilleta cuando solamente quiere comerse su conejo asado en paz. El metal y la sangre saben igual. Tu lengua no estará de acuerdo.

Agachado, cabizbajo. Tu visión periférica es la primera ahora, ¿está bien? Ellas saben cuándo las miras.

Si se te acerca una, Joaquín, haces el símbolo de la cruz con tus dedos. Así. ¿Okey?

¡No! Apunta siempre al suelo. Siempre al suelo. Así mataron a tu bisabuelo, qué no entiendes, pinche chamaco. Lo mató un chamaco justo como tú, que se puso el rifle al hom-

bro sin fijarse en el seguro. Imagínate sobrevivir a la revolución y cambiarte el apellido, para terminar petateándote así.

Mi hermano Abel y yo tenemos los ojos cosidos a la nuca de papá. Él no camina a nuestro lado ni explica cómo agarrar el arma, ni siquiera mira hacia los nubarrones, temiendo ver la luz de un nuevo cometa. No, él tiene la nuca perlada de sudor y da zancadas como si lo persiguieran las nubes que arriba se arrastran, se arrastran como víboras coralillo.

Al ver su espalda pienso que quiere dejarnos atrás, echar a correr. Perderse en el horizonte donde se difumina Tlaxcala.

Seguimos caminando, hemos de volver antes de la hora de las brujas. A pesar de lo que dicen los cuentos, no es la medianoche, sino las once.

Y es que entonces no sabíamos que a esa hora las brujas cambiaformas se ponían a hacer sus encantamientos y salían a planear sobre los campos arados donde alguien espolvoreó nopales y magueyes; páramos donde se ocultaban antiguas ciudades acolhuas, sepultadas por gajos de cerro y torres de telecomunicaciones. ¿Qué verán desde arriba con sus ojos luminosos, todavía?

Por eso tengo los puños cerrados, porque temo que la lechuza me arranque los dedos hechos cruz de un picotazo.

Papá camina, camina, hasta que desaparece entre la arboleda de capulines y ocotes. Se interna hacia el campo de caza de su infancia como si quisiera que le perdiéramos el rastro. Mi hermano me tiene agarrada de la mano.

Sobre las repisas y libreros, sobre el escritorio y diez relojes de cucú que daban la hora a destiempo, colgando de clavos que aseguran los tablones de la ventana tapiada, sobre las mesas de café oxidadas, entre cajas llenas de papeles, incluso tapando los títulos enmarcados de licenciatura de los hijos, los animales forman un sendero que lleva desde la puerta de caoba hasta el escritorio cubierto de polvo. Todos relucen debido a una capa de cera sintética, están clavados sobre bases de madera ve-teada, y tienen fauces y alas abiertas.

Bueno, quizá no todos. Pero para una niña que descubrió de golpe lo que era la taxidermia en una noche otoñal cualquiera, cuando vagaba insomne por la hacienda en busca de la cocina y giró la manija de la puerta equivocada —para esa misma niña que fui hace tantos años—, cada animal disecado parecía estar congelado en un grito de auxilio que no alcanzó los oídos de nadie.

Patas de conejo, cabezas de coyote. Bigotes de gato de pradera. Gritos de tlacuache y una familia entera de cacomixtles. Un par de ratas. Víboras, halcones, zorrillos, codornices y liebres. Un águila. Incluso dos perros del vecino que habían desaparecido misteriosamente. Y lechuzas, lechuzas, lechuzas.

Son más pequeñas que los búhos. Tienen la cara chata, como una manzana partida por la mitad. Las semillas son los ojos, y el piquito el corazón. Las lechuzas te miran con toda la potencia que después emplearán para picotearte, desplegarán las alas como nube a campo abierto. Las nubes a campo abierto se tragarán tu sombra.

No sé dónde leí esto. Pero lo iba recitando con aliento pesado mientras esquivábamos las grandes sombras de los magueyes y, al ritmo que marcaba el abuelo, avanzá-

bamos hacia la siguiente fila de árboles mecidos por la brisa de octubre. Papá se internaba. A dónde, preguntaba mi hermano, jalando mi manga. Yo solamente le decía: adentro.

No sabía que las balas tenían peso hasta que mi tío nos chita e indica que recarguemos. Abel y yo nos miramos, metemos las manos a los bolsillos con parsimonia, las sacamos apretadas y vacías. Hasta nos echamos un bostezo. Esto apenas encubre el pánico. Alrededor, la fricción de las manos contra la ropa reflejante de mis tíos y primos crea chispas semejantes a las de la luz de una bengala.

Joaquín y mis tíos colocan una rodilla contra el suelo. Oigo crujir sus cervicales cuando se tienden pecho tierra sobre una hierba que huele a madreSelva y manzanilla. Por más tentador que sea, solamente puedo pensar en ciempiés subiéndome por las piernas, así que empujo a mi hermano para que nos quedemos en cuclillas.

Nana.

Ya sé. Esto no tiene balas.

¡No nos las dio!

¡Apunta de todos modos, ya, ya!

Smith & Wesson, Huntington, Winchester. Calibre .14, .16 y .20. Cada quien trae un arma diferente y se precia de saber armarlas y desarmarlas con los ojos cerrados, compitiendo contra el cronómetro. *¿Sabrán las balas diferente cuando las escupes, tras recogerlas con cuchara del plato?* Lamo la cara interna de mi mejilla. *¿Si lamiera el metal del cañón saborearía algo más que sangre de parvada?*

Para mí es imposible diferenciar las armas, pero todos los hombres a mi lado cargan y hacen movimientos mecánicos, precisos, antes de sujetar bien el mango de madera de la escopeta y entrecerrar los ojos para apuntar.

Shhh, indica mi abuelo, con su dedo calloso sobre el bigote cano. Escupe antes de alzarse el sombrero y dirigir el cañón de la escopeta hacia las ramas del capulín más cercano. Todos seguimos la dirección de su mirada. Las hojas largas y opacas del árbol apenas ocultan el secreto de su pequeño fruto, redondo como una cereza negra. Mi hermano cierra el ojo izquierdo y apunta a la misma dirección, pero yo no puedo dejar de pensar en manzanas, manzanas. El cañón de mi escopeta no se queda quieto.

¿Papá?

Brujas sonrientes. Aves de presa.

Tres rostros de manzana blanca que también nos miran de vuelta.

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Tres escopetazos sonoros reverberan por todo el campo antes de alcanzarnos, y suenan tan cerca que por un momento especulo sobre cómo quedará mi plumaje tras el impacto. *Cómo me recuperaré de esto*. Varias parvadas echan a volar, espantadas.

Mi abuelo se echa a gritar, mi hermano a llorar. A Joaquín se le cae la escopeta al suelo y mi tío grita algo de maricas, de encantamientos, de una luna que no estaba llena.

¿Papá?

¡El pendejo de Valentín disparó a lo pendejo! ¡Se chingó al capulín y hasta al árbol de ocote de al lado! ¡Vayan a ver si pudo matar algo!

¡Papá! Es mi hermano, intenta tomar mi mano, jalar-me hacia él, pero yo solamente pienso en caras de manzana partida y en el embrujo de unos ojos hechiceros que prometen un picotazo, en papá haciendo la señal de la cruz con dos dedos. Puños, puños, puños.

¡Creo que se metió un balazo, córranle, córranle!

Mi hermano corre hacia la arboleda de capulines siguiéndole el paso a mis primos, a pesar de ser menor y medio cojo. Víbora coralillo sobre la espina dorsal.

No me muevo. Mi abuelo, todavía a un par de metros, está pisoteando nidos de hormiga bajo el cobijo de la noche, diciendo algo sobre maricas y embrujos. Pero entonces giro la cabeza como pirinola —crac, algo chasquea sonoro en mi cuello— y así es como me topo con una sombra a mis espaldas.

Sobre una piedra cercana, tres lechuzas abren el pico para ulular en mi dirección.

Las lechuzas no ululan, mi amor. Las verdaderas gritan, porque saben a qué venimos.

La taxidermia es un grito congelado.

¡Papá!, me echo a gritar, úvula manchada por el aire otoñal, y no sé por qué estoy tan segura de que se metió un balazo adrede, de que esas tres lechuzas han venido a decírmelo, de que quiero gritar. Ahora entiendo que él también escupió con asco pedazos de conejo ametrallado sobre el mantel, pero sé que guardar silencio frente al abuelo no significa ser inocente.

Ante esos ojos brillantes y ambarinos, vengativos, todos los cazadores son iguales.

Corro a empellones. La cebada me quema las piernas cubiertas de vello mientras la aplasto a la carrera. *¡Papá!* La luna no está llena, no está llena. Corro con las manos

extendidas, porque después de todo, es campo abierto y la noche está cerrada. ¡Papá, papá! Sigo gritando. Sé que corro hacia el lugar incorrecto y sé que realmente no lo estoy buscando. Un par de ramas filosas arañan mis puños.

¡Detengan a la chamaca, que si está con sangre me va a secar el cultivo! Vocifera mi abuelo, en algún lugar a mis espaldas. Zancadas, zancadas. La tierra retumba bajo su peso, los seguros de las armas chasquean con la potencia de un trueno. Los cazadores me persiguen y yo, ciega, nombro las marcas: Smith & Wesson, Huntington, Winchester. A qué sabrá la carne aderezada con balas.

Tres lechuzas agazapadas, a la espera.

¡Nana! Alcanzo a oír, antes de tropezarme y caer de bruces.

Una vez mi hermano y yo liberamos un chapulín que Joaquín había atrapado en un frasco. Era un niño que había nacido cazador, que aplastaba mariposas monarca en la reserva de Michoacán, y que, en vez de soplar a las diminutas hebras de los dientes de león, prefería comerse la flor entera. Lógicamente, cuando creció se volvió médico.

La primera vez que lo vi matar algo fue cuando pisó unos huevos. El viento había volado un nido de tórtola de un árbol y los tres lo vimos descender con cierta zozobra. Aquellos huevos diminutos explotaron con la sonoridad de un hueso al partirse cuando Joaquín los pisó con su bota.

Aquella tarde, cuando recién nos habíamos graduado de quinto de primaria y todavía no me llegaba la sangre, Joaquín se molestó cuando liberamos al chapulín.